

ESTEBAN BERNAL



PINTURAS

MARZO
1 9 9 7

■ NOTICIA DEL PINTOR ■

Todavía niño de pasito torpe y asombrada mirada, lo recuerdo bajo el oro crudo de un sol todopoderoso que con el tiempo habría de incidir en su pintura, luz mediterránea de la sierra minera derramándose sobre la arquitectura no del todo afortunada de La Unión, cuna del pintor, ciudad que ya por entonces había renunciado al título de población "modernista", al que según Carlos Areán estaba obligada a conseguir.

Bajo un cielo enteramente añil, descubriendo el otro azul intenso del Mediterráneo, a la mano, debió entender el niño que en nada, lo que se dice en nada, tenían que ver esos azules con los otros de la tarjeta postal para turistas o los del almanaque del camionero, lógica consecuencia de toda una impagable labor a cargo del abuelo materno que, según propia declaración de Esteban, ya hombre, no le enseñó a pintar pero sí a valorar apasionadamente lo artístico a través de su casa-museo de La Unión, en la que, indudablemente, "se vivía el arte".

Frente a una gran pizarra verde (la de "mi escuela", la de "tu" escuela, ¿recuerdas, alumno Esteban?), lo evoco, niño todavía. En su mano, unas tizas. ¿Qué iba a hacer él sin una pizarra y unas tizas rojas, amarillas, azules...? ¡Para que luego se ironice sobre la vieja escuela de tiza y pizarra! Sorpresa, sorpresa, todavía sin la Gemio, con la cual cada día el niño que iba para artista se convertía en centro solar, protagonista de aquella asignatura, a la mano de Esteban, la acuarela de buen ver, la ilustración para un cuento, la figurilla policromada para un belén, las máscaras con destino a un auto sacramental o un entremés de Cervantes, montados por la escuela —¿se me habrá perdonado ya mi atrevimiento?— unas veces nada menos que en algún aula de cultura y otras en la santa calle: representaciones teatrales en las que incluso más de una vez el propio Esteban asumió el papel de protagonista. ¡Tiempo, tiempo!.

Después —¡cómo pasan los años, Dios!—, los primeros premios nacionales como pintor y su entrega a otra de sus vocaciones: la escultura. Componente uno mismo del jurado calificador de un concurso de pintura, rememoro la presencia de Alfonso Pérez Sánchez, a la sazón director del Museo del Prado, presidente del mencionado jurado, atenta su escrutadora mirada a un hermoso cuadro —dunas— de Esteban. Aquel cuadro ganó el citado concurso, primeriza y jubilosa recompensa de una serie de importantes galardones.

¿Dunas fueron nombradas? Toda una copiosa colección de óleos sobre los blancos arenales de La Manga darían más tarde paso al tema de los mares, los naufragios, los bodegones...

Tiempos pretéritos aparte, he aquí ahora, a la mano, con la nueva exposición del pintor, su terca, envidiable devoción por la materia, su preocupación por la corpulencia de ésta, tan lejos de la socorrida pincelada, apenas acuosa caricia sobre la urdimbre del lienzo; lejos también de las "prisas" de determinados pintores de tendencias abstractas, algunos de ellos en trance de extinción apenas asomados al mundo. Manda aquí el color, en corpóreas texturas depositado. Valga el dato crucial: arde en la paleta de Esteban aquella gama cromática a la que sus ojos fueron acostumbrados desde siempre, atrás queda dicho. ¿Qué otra cosa sino precisamente una descomunal paleta de pintor es la sierra minera; hoy en trance de dolorosa expectación ésta, aguardando su resurrección?.

Saludemos una vez más la presencia de Esteban Bernal como lo que realmente viene a resultar: pintor de reconocida solvencia que busca apasionadamente y, lo que es más importante, encuentra, a través de sus creaciones personales, su intransferible cosmos.

Asensio Sáez

De la Real Academia Alfonso X el Sabio